

A MODO DE EPÍLOGO

UN DECÁLOGO PARA
LA ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL HOY

Al final de nuestro libro, y como sucede con todo lo verdaderamente humano, se impone mirar al futuro para imaginar los rasgos que identifiquen al sacerdote apostólico según el corazón de Dios. Por ello, estas páginas no pueden concluir sin ofrecer una visión esperanzada en forma de decálogo sobre la espiritualidad sacerdotal.

En el mundo de hoy, el sacerdote necesita, bajo la guía del Espíritu del Hijo:

1. Una *espiritualidad teologal* que ponga en evidencia que los sacerdotes somos, ante todo, hombres de Dios y maestros de la vida del Espíritu. En una cultura donde Dios desaparece del horizonte cotidiano de la existencia humana, se hace más urgente que nunca subrayar esta relación esencial con Dios, siendo testigos y signos personales del Eterno. Sin empequeñecer a Dios y su misterio, que siempre es más grande y mayor de lo que podemos decir y pensar sobre él. Además, en una sociedad aparentemente autosuficiente en tantas cuestiones, si en algo podemos aparecer como maestros ha de ser en la vida del Espíritu. No podemos dejar que este ámbito de la espiritualidad y de la experiencia de Dios quede en barbecho o bajo la guía de «falsos maestros» y «doctrinas ilusorias».

2. Una *espiritualidad de la diáspora*, en la que aprendamos a ser cada vez más hombres del encuentro y del diálogo. Ya no vivimos en una Iglesia implantada en una sociedad homogénea

cuya palabra se acoge sin discusión. Estamos en una sociedad secular y plural, en la que debemos acostumbrarnos a vivir desde la actitud fundamental del encuentro y del diálogo que subraya la identidad propia y tiende puentes de comunicación con otras personas que tienen cosmovisiones distintas a las nuestras. Hay que aprender a vivir en una cierta marginación social, después de tantos años donde la persona y la presencia del sacerdote era civilmente muy relevantes.

3. Una *espiritualidad fraterna y de comunión*. A partir del concilio Vaticano II, hemos recuperado la comprensión de la Iglesia como misterio de comunión, en la línea de la eclesiología del primer milenio. Esto ha hecho que el lugar y la misión del sacerdote en la Iglesia se hayan recolocado en una ontología bautismal y en una Iglesia-comunión. En consecuencia, se necesita una *espiritualidad fraterna y de comunión* que, ante todo, exprese que los presbíteros somos hermanos entre hermanos. Pero no para disolver la identidad específica del ministerio, sino para otorgarle su raíz eclesiológica esencial.

4. Una *espiritualidad encarnada y secular* que exprese que los presbíteros somos hombres entre los hombres. Que seamos hombres de Dios no significa que nos separemos de los hombres. Podríamos decir que somos hombres del misterio o referidos al Misterio santo, pero no somos sacerdotes como hombres de lo sagrado, entendido esto como una realidad separada del mundo, de lo profano. El misterio de Dios es el corazón del mundo, y quienes quieren ser signo y testimonio de este Dios han de hacerlo insertos en medio del mundo, en el corazón de las masas.

5. Una *espiritualidad del discípulo* que nos recuerde sin cesar que siempre somos peregrinos en camino detrás de Jesús, nuestro Maestro y Señor. El presbítero, como todo cristiano, aunque de forma peculiar y más estrecha, es siempre aquel que ha sido llamado al camino de seguimiento detrás del Señor. Aunque su oficio es ser representación de Cristo Cabeza y Pastor, nunca se identifica totalmente con él, y por supuesto no

puede suplantarlos. En esta espiritualidad del discipulado hay que fundamentar la necesidad de la formación permanente en sus cuatro dimensiones básicas, que hay que asumir con igual grado de responsabilidad que el ministerio de la Palabra, de la santificación y de la guía del pueblo de Dios.

6. *Una espiritualidad del apóstol* que nos haga vivir desde la conciencia de que hemos sido enviados. Ser sacerdote es ser apóstol, enviado en la misma misión del Hijo enviado por el Padre. De hecho, en esta misma misión es enviada la Iglesia entera como cuerpo de Cristo, unida a él para continuar y hacer presente esta misma tarea. En la misión de Cristo y de la Iglesia se halla la esencia de nuestro ministerio, que después se concreta en una triple dimensión: profética y evangelizadora; sacerdotal y sacramental; real y pastoral.

7. *Una espiritualidad de la Palabra*, comprendiéndonos ante todo como sus oyentes y servidores. Tan importante como celebrar la eucaristía es ejercitar el ministerio de la Palabra; de hecho, no es posible celebrar la eucaristía sin la liturgia de la Palabra. La controversia clásica entre Lutero y Trento no puede llevarnos a una comprensión en alternativa de estas dos realidades, ni a un oscurecimiento de la relación del presbítero con la Palabra de Dios. Ella ha de ser su alimento, su luz y su guía cotidiana. La relación con la Palabra exige esfuerzo y paciencia en su acogida e interpretación, y atrevimiento y audacia en su predicación y ofrecimiento.

8. *Una espiritualidad eucarística*. La eucaristía ha sido el centro real de la vida y la espiritualidad del presbítero. La situación actual de escasez de clero no pone en peligro la práctica habitual de este sacramento, y puede que, de algún modo, ayude a lo contrario. Nuestro reto está en *convertir la eucaristía en la forma de nuestra existencia*, superando la costumbre de reducirla a las palabras de la consagración y a mera liturgia. La espiritualidad eucarística ha de ir más allá de la devoción personal por el sacramento, al tiempo que nos esforzamos en dar forma eucarística a nuestra existencia apostólica.

9. Una *espiritualidad pastoral*, pues ante todo somos pastores. Esto significa que la santidad sacerdotal y el camino de perfección al que estamos llamados ha de lograrse mediante la vivencia y el ejercicio del ministerio. La edificación del pueblo de Dios y la santidad personal del presbítero están estrechamente relacionadas. Esto nos obliga a no tratar de buscar en medios paralelos esta santidad, como si nos estorbara la acción pastoral, y a realizar el ministerio desde la hondura cristológica y la anchura eclesial de la caridad pastoral, de modo que pueda ser verdadera fuente de santificación y de espiritualidad para nuestra vida.

10. Una *espiritualidad de la vida cotidiana*. La espiritualidad no es lo que hacemos o queremos hacer más allá o fuera de la vida, sino precisamente lo que esta vida, en su cotidianeidad, nos ofrece como condición de posibilidad para la vida en el Espíritu. La vida no es sin más la espiritualidad, pero esta no puede estar alejada de aquella. La espiritualidad es lo que somos mientras vivimos delante de Dios (*coram Deo*) en el ejercicio de pensar y amar, orar y trabajar, sufrir y gozar, acertar y fracasar, correr y descansar... a la luz del Espíritu de Cristo.

CONTENIDO

| | |
|---|-----|
| <i>Presentación</i> | 9 |
| I. EL SACERDOTE EN LA ACTUAL SITUACIÓN CULTURAL E HISTÓRICA | 15 |
| 1. El lugar de Dios en la sociedad | 19 |
| 2. El lugar de la Iglesia en la sociedad | 41 |
| 3. El lugar del sacerdote en la Iglesia | 65 |
| 4. El sacerdote hoy en su realización existencial | 87 |
| II. DIMENSIONES CONSTITUTIVAS DEL SER SACERDOTAL | 107 |
| 5. Discípulo en camino | 111 |
| 6. Apóstol, enviado de Cristo | 135 |
| 7. Hermano entre hermanos | 153 |
| 8. Un hombre tomado de entre los hombres | 177 |
| III. VIDA Y ESPIRITUALIDAD SACERDOTALES | 191 |
| 9. Profeta y mensajero del evangelio | 195 |
| 10. La forma eucarística de la existencia apostólica | 211 |
| 11. Pastor que guía y conduce | 229 |
| 12. Algunos aspectos de la vida apostólica | 241 |
| <i>A modo de epílogo: Un decálogo para la espiritualidad sacerdotal hoy</i> | 271 |
| <i>Índice de autores</i> | 277 |
| <i>Índice general</i> | 281 |